



Reis. Revista Española de
Investigaciones Sociológicas

ISSN: 0210-5233

consejo.editorial@cis.es

Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Muriel, Daniel

Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves)
reglas de un método sociológico

Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 153, enero-marzo, 2016,
pp. 111-125

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99746725007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico

Toward a Sociology of Mediations: Impressionist Mapping and Some (Brief) Rules for a Sociological Method

Daniel Muriel

Palabras clave

- Agencia
- Cartografía
- Constructivismo
- Metodología
- Teoría del actor-agente
- Teoría sociológica

Key words

- Agency
- Cartography
- Constructivism
- Methodology
- Actor-Agent Theory
- Sociological Theory

Resumen

En este texto planteo una forma alternativa de acercarse a la realidad social desde un punto de vista sociológico. Se trata de la exposición de una sociología de las mediaciones sociales, una propuesta que se nutre especialmente de la teoría del actor-red. Partiendo de una noción de la realidad social como articulación de elementos heterogéneos, y conceptualizando la agencia como producción múltiple y distribuida de transformaciones, abogo por considerar la mediación como unidad de observación de la sociología. A partir de ahí, propongo el uso de una herramienta metodológica: la cartografía impresionista. Combinando el trabajo minucioso de un enfoque cartográfico junto con el impresionismo de la sociología formalista, es posible construir una metodología operativa que permite elaborar teorías sociológicas de corto y medio alcance al mismo tiempo que resulta posible describir un caso histórico y localmente situado.

Abstract

This article presents an alternative way to approach social reality from a sociological perspective. It introduces a *sociology of mediations*, a methodological approach particularly influenced by actor-network theory. Using a notion of social reality as the articulation of heterogeneous elements, this approach is based on a conceptualisation of agency as the production of multiple and distributed transformations, and considers mediation as sociology's unit of observation. The paper suggests a methodological tool: impressionist mapping. Combining the detailed work of mapping and the impressionist tradition of a formalist sociology, it is possible to construct a methodology that allows us to elaborate short or middle range sociological theories as well as to describe historically and locally situated cases.

Cómo citar

Muriel, Daniel (2016). «Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 153: 111-126.
(<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.153.111>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Daniel Muriel: University of Salford | d.muriel@salford.ac.uk
Universidad del País Vasco | daniel.muriel@ehu.eus

INTRODUCCIÓN

Hace ya más de un siglo desde que Émile Durkheim, uno de los considerados como eminentes padres de la sociología, publicara *Las reglas del método sociológico* (1986 [1895]). Era un tiempo en el que se estaba dando forma a la sociología como ciencia, emergiendo como cuerpo de conocimiento autónomo y herramienta de trabajo para investigar esa realidad que ayudaba a consolidar y que desde entonces catalogamos como social. La sociología necesitaba entidad, tanto en su aparatología método-técnica como en la concepción del objeto que iba a estudiar. Por ello, su modelo emulaba al de las ciencias físico-naturales: ciencias de las denominadas —aún hoy— duras, con una presunción de la realidad que estudia contundente: es la realidad de los hechos, de las cosas, de lo físico, de lo natural. De ahí que para Durkheim la primera y más fundamental de sus reglas consistiera en «considerar los hechos sociales como cosas» (ibíd.: 53).

Sin embargo, mucho ha llovido desde entonces en el campo de la sociología, trayendo consigo un incesante flujo de presunciones acerca de la realidad social y la forma de abordarla. Tanto es así que aún hoy día seguimos discutiendo, con mayor o menor intensidad, acerca de estas problemáticas y las posibles alternativas a los métodos y planteamientos ya existentes. Este artículo es una propuesta acorde con las corrientes teóricas contemporáneas que se añade a este largo debate.

De este modo, en este texto se va a presentar una introducción a lo que he denominado una sociología de las mediaciones sociales y que dará como resultado la construcción de una herramienta metodológica bajo la denominación de cartografía impresionista. Es una propuesta que se nutre principalmente de los estudios sociales sobre ciencia y tecnología (en particular la teoría del actor-red y uno de sus máximos exponentes, Latour), pero que además toma as-

pectos de la sociología impresionista de Simmel.

La base para una sociología de las mediaciones se cimienta en una propuesta sobre cómo concebir la realidad social para ser abordada. Esto alude a la realidad de lo social o, en otras palabras, a una ontología de lo social. Utilizo en este caso el concepto *ontología* de un modo muy práctico y específico, lejos de los debates filosóficos en los que nace y donde sería apropiado discutirlo más largamente. Le otorgo el mismo sentido que le da Fernando García Selgas cuando propone su *ontología de la fluidez social*:

[Lo que] nos habilita para hablar de ontología no es la pretensión de dibujar el ser de las cosas, sino el reconocimiento de que toda teoría científica contiene y supone un determinado modelo de aquello de lo que trata y el propósito de reflexionar sobre el modelo más conveniente actualmente en las teorías sociales (2003: 29).

Es un modelo que intenta romper con la idea de una realidad social sustantiva y omnipotente fuente explicativa. Lo social es visto, entonces, como un mar de asociaciones heterogéneas más o menos institucionalizadas.

De ahí surge la necesidad de acercarse a las agencias que pueden identificarse en ese mar de asociaciones que es la realidad social y que vienen a determinar su frágil sustancia. Por ello, la sociología de las mediaciones requiere de una noción de agencia que sirva como una alternativa para superar la dicotomía *acción/estructura* tan presente, aún hoy, en los debates sociológicos. Lo social es observado como un *continuum* de agencias en constante interrelación que tanto posibilitan/construyen/crean como condicionan/destruyen/ahorman.

Sin embargo, en tanto que la agencia es movimiento y proceso constante, inabarcable, inaprehensible, e imponderable en sí misma, resulta necesaria una noción que

permita asirla al menos parcialmente. Y aquí entra en juego la mediación como noción fundamental. Las mediaciones comparecen como las unidades de observación para el ejercicio sociológico o, al menos, las que permiten encauzar lo observable en la labor de investigación. Son los movimientos que permiten seguir las realidades sociales en acción, componiéndose y desvaneciéndose. En este caso, lo social es visto como el resultado de una incesante y tendente al infinito serie de transformaciones y desplazamientos operadas por agencias dispares, de las que las mediaciones son sus rastros visibles.

Estas tres grandes cuestiones que definen una sociología de las mediaciones (qué es lo social, cómo entender la agencia social, cuáles son las unidades de observación de la sociología) son materializadas en una apuesta metodológica específica: la cartografía impresionista de mediaciones sociales. En ella se combina el detalle figurativo del quehacer cartográfico con la abstracción formalista del impresionismo.

Como conclusión, y emulando modestamente a Durkheim, se propone un conjunto de breves reglas del método sociológico aquí propuesto. Cuatro pautas —antes que reglas— destinadas a guiar al sociólogo que desee aventurarse por la senda indicada en este artículo.

SOBRE LA REALIDAD SOCIAL: UN MAR DE ASOCIACIONES HETEROGÉNEAS EN PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN

¿Qué es la realidad social? O para ser más específico: ¿qué queremos decir los sociólogos cuando hablamos de lo social y su realidad? Lo que estas preguntas implican va más allá de consideraciones de orden teórico o metodológico, pues no solo están apuntando a una forma específica de hacer sociología sino a la realidad de eso que estudia

esa misma sociología. Tiene que ver con una ontología de lo social en el sentido expuesto en la introducción, es decir, con el modelo sobre la realidad social que presupone cualquier punto de partida teórico.

En su obra *Reensamblar lo social*, Bruno Latour (2008) propone el uso de una sociología de las asociaciones frente a la tradicional sociología de lo social. Latour parte de la premisa de que lo social no es ninguna sustancia y, por lo tanto, no es posible que se constituya como un material del que puedan estar hechas las cosas, los acontecimientos, las relaciones, los factores, las prácticas, las estructuras o, en general, cualquier elemento de la realidad. En definitiva, lo social no es una propiedad o estado de lo real, sino más bien, y en todo caso, el proceso a través del cual lo real se constituye.

Se trata de pasar de lo social como materia, sustancia o hecho, a lo social como ensamblado, articulación o envoltura de elementos disímiles. En términos similares se pronuncia Donna Haraway cuando defiende el uso de la *articulación* como forma de acercarse a los procesos de construcción de la realidad:

Los articulados son arreglos precarios. Es la condición misma de ser articulado. [...] Un mundo articulado tiene un número indeterminado de modos y localizaciones donde pueden realizarse las conexiones. Las superficies de un mundo así no son planos curvados sin fricción. Cosas desemejantes pueden unirse —y cosas semejantes pueden separarse— y viceversa. [...] Articular es significar. Es unir cosas, cosas espeluznantes, cosas arriesgadas, cosas contingentes (2004: 105).

La articulación da cuenta de la dualidad de lo social como algo sólido, una sustancia, y como algo fluido, un movimiento entre elementos no sociales (Latour, 2007: 160). Esto quiere decir que si bien los procesos de articulación producen regularidades y estabilidades, en definitiva, integran (orden

cohesionado) y pueden llegar a distinguir (estratificación social), estos ensamblados no son absolutos, son relativamente precarios y juntan elementos que, muchas veces, están lejos de lo estructurado y cohesionado: la articulación es unión de cosas dispersas en continua reformulación.

De este modo, el mundo se presenta como «un informe pero generativo flujo de fuerzas y relaciones que trabajan para producir realidades particulares» (Law, 2004: 7). Se evocan así figuras como las del *maëlstrom* o las aguas revueltas repletas tanto de corrientes, flujos, vórtices y cambios impredecibles como de momentos de paz y calma. Lo real no es solo aquello que se resiste con la obstinación de una roca inerte, es también tramposo, algo que se mueve y con lo que hay que negociar. De este modo se explica la existencia de figuras como las del Coyote, ese «embustero proteico» (Haraway, 1995: 359) o el actor semiótico-material que forman parte del mismo imaginario programático de una realidad viva, en constante movimiento y que no va a esperar pasivamente a ser cartografiada (Haraway, 2004: 67-68).

Estamos, pues, ante un *modelo de la fluidez social* por el que lo social se describe como el resultado de una relacionalidad que no se da entre elementos previos o independientes a ella, sino entre ingredientes que son constituidos por esa misma relacionalidad (García Selgas, 2003: XV-XVI).

Presentaré a continuación las líneas fundamentales que derivan de esta asunción de lo social, postuladas como principios.

Primer principio: lo social como resultado de la articulación contingente y relativamente estable de elementos heterogéneos. La realidad social no es ni el producto ni el productor de elementos extrasociales, es su proceso de ensamblaje o asociación que eventualmente adquiere diversos grados de institucionalización (se vuelve más estable, previsible, sólida, emergiendo como realidad *per se*), pero siempre contingente (la institu-

cionalización se puede deshacer o caminar en otras direcciones). Por ello, Latour propone entender la realidad social, antes que como una sustancia o propiedad —esa realidad *sui generis* de la que hablaba Émile Durkheim—, como «un tipo de relación entre otras cosas que no son sociales en sí mismas» (Latour, 2008: 19).

Los distintos elementos asociados que dan lugar a la realidad social, cualesquiera que sean, no son unos ingredientes preexistentes que se alían de muy diversas maneras para conformarla, sino que ellos mismos emergen en la propia relacionalidad que los asocia. Se trata de una socialidad relacional, pero no en el sentido estructuralista (que parte de la existencia de elementos previos o primarios) sino en el que todo, «incluidas las redes, las regularidades y los componentes que se relacionan, son procesuales, parciales y precarios, porque son efecto de esa relacionalidad» (García Selgas, 2007: 5)¹.

Segundo principio: lo social no explica nada, es lo que hay que explicar. Si la realidad social no es ninguna sustancia *per se*, no tiene sentido utilizarla como un recurso explicativo. Desde esta lógica, ciertos enfoques sociológicos en ocasiones han podido confundir lo que ha de ser explicado con la explicación, esto es, han partido de la sociedad cuando deberían haber terminado en ella (Latour, 2008: 23). Se trata de llevar a cabo una sociología que explique cómo se mantienen unidos los colectivos y las sociedades, y no darlos por supuesto. Para un enfoque sociológico que sostiene que lo social es el efecto de ar-

¹ No obstante, los conceptos de institución, envoltura o ensamblado ayudarían a entender cómo se formalizan determinados conjuntos de asociaciones, agencias y mediaciones que se muestran ante nosotros como sustancias, actores o hechos delimitados. Nos permiten hablar de cómo se juntan e hilan cosas que dan como resultado, aunque sea temporalmente y en continua reproducción, existencias sociales con entidad propia. En este sentido, véanse *envoltura* en Latour (2001: 364) y García Selgas (2007: 165), así como *institución* (Latour, 2001: 366) y *ensamblado* (Latour, 2008: 99).

ticulaciones entre elementos heterogéneos, explicar algo «no debe confundirse con reemplazar un fenómeno dado con alguna sustancia social» (ibid.: 149).

Tercer principio: lo social se ensambla y se mantiene a través de mediaciones que constantemente deben ser actuadas/actualizadas/reproducidas. La realidad social solo puede ser explicada si se atiende al modo en el que lo social se ensambla y se institucionaliza lo suficiente para adquirir una cierta forma en continua actualización: las mediaciones.

John Law define la mediación como «el proceso por el que se actúan relaciones entre entidades a las que se les da forma como parte de ese mismo proceso» (2004: 161). Son entidades y relaciones que no preexisten, sino que se están constituyendo en el momento de llevarse a cabo:

La mediación es un giro hacia lo que emerge, a lo que se da forma y que es compuesto, lo que no puede ser reducido a una interacción de objetos causales y personas intencionales (Gomart y Henrion, 1999: 226).

Lo que este principio postula es que la atención de la sociología debe dirigirse a las mediaciones que hacen posible la existencia de lo social. Son los mecanismos que sostienen y reproducen las existencias sociales de un modo activo, es decir, lo social «desaparece cuando ya no es actuado» (Latour, 2008: 61).

Cuarto principio: toda (re)producción de lo social deja una serie de rastros. Son las chispas que emiten y los restos que dejan las mediaciones y que se muestran en forma de discursos, recuerdos, notas, inscripciones, leyes, textos, organigramas, folletos, etc.; cosas que las hacen cartografiables. Es un principio de lo social que permite su rastreo, su seguimiento, en definitiva, que posibilita, después de todo, que sea posible desarrollar una sociología de las mediaciones. Sin res-

tos, sin rastros, sin marcas o sin huellas sería imposible llevarla a cabo. La ausencia de estas trazas en todo caso sería signo de que no hay o no ha habido ningún tipo de mediación, por lo que, si seguimos los principios anteriores, no habría entonces ninguna existencia social que explicar ni rastrear. Y es que lo social es «visible solo por los rastros que deja» (ibid.: 23).

SOBRE LA AGENCIA: LA PRODUCCIÓN MÚLTIPLE Y DISTRIBUIDA DE DIFERENCIAS

Voy a plantear una definición de agencia que me permita desbrozar sus características principales y que es compatible con el modelo de lo social expuesto: *la agencia es la producción múltiple, distribuida y dislocada de diferencias y transformaciones que puede tomar multitud de caracterizaciones en forma de un agente, actor o personaje determinado.*

Agencia es lo que produce diferencias y transformaciones

La primera característica de la agencia es que existe en tanto que transforma de algún modo la realidad. La agencia por lo tanto no tiene tanto que ver con la intencionalidad, deseo o volición de un actor —y su mayor o menor racionalidad— como con las transformaciones que opera, que son las diferencias efectivamente observables y rastreables:

Sin una explicación, sin pruebas, sin diferencias, sin transformación de algún estado de cosas, no hay razonamiento significativo a hacer respecto de una agencia, ningún marco de referencia detectable. Una agencia invisible que no produce ninguna diferencia, ninguna transformación, no deja rastro y no aparece en ningún relato no es una agencia. Punto. Hace algo o no (Latour, 2008: 82).

He ahí el núcleo de la fundamentación de toda agencia: o produce algún tipo de cambio o es que no existe. La agencia de un actor

determinado, entonces, solo puede ser definida «a través de la observación de sus actos» (Latour, 2001: 147). En este sentido, para una sociología de las mediaciones, «cualquier cosa que modifica con su incidencia un estado de cosas es un actor» (Latour, 2008: 106).

Es una concepción empirista de la agencia, que no niega las particularidades que pueda tener la agencia humana sobre las de otro tipo, pero que solo puede tener en consideración aquellas acciones —incluidos los discursos que producen transformaciones al ser enunciados— que son accesibles a la experiencia.

La agencia es múltiple y no descansa en ningún actor prototípico

Si bien la agencia es la acción genérica que provoca cambios en el mundo, siempre tiene una figuración (Latour, 2008: 83), se encarna en algún tipo de forma, figura o personaje. Pueden encarnarse en fórmulas muy distintas sin pasar por ningún actor estándar o que deba considerarse social en el sentido que tradicionalmente se le ha podido dar en la sociología (ibíd.: 85-86), como podrían ser *el mercado, el individuo, la clase obrera, los expertos o la sociedad*. A ellos, que no habría por qué desdeñar, se les podrían unir *los comerciantes del pueblo, Manolo el que trabaja como peón de obra, el entramado experto o el colectivo de humanos y no-humanos*. Con describir y registrar aquellas figuraciones que encontremos, sin necesidad de filtrarlas o disciplinarlas a priori (ibíd.: 86), ya comenzaríamos a observar la multiplicidad de la agencia.

Una de las primeras consecuencias de este planteamiento es que aleja la agencia y sus figuraciones del ámbito de lo exclusivamente humano. No es de extrañar, pues, el uso del concepto *actante* extraído de la semiótica de Greimas (1973), utilizado para «resaltar el carácter abierto de la agencia, que puede ser ocupada por las más heterogéneas mezclas de humanos y no-humanos»

(García Selgas, 2007: 144). El uso del vocablo *actante* se concentra en la función, lo que permite definir la agencia en relación con lo que se hace. Además, no entiende de naturalezas o voliciones, o distinciones entre humanos y no-humanos, por lo que la libertad para definir al actante es enorme: desde entenderlo como una entidad tremendamente compleja y abstracta (las instituciones, el colectivo de gays y lesbianas, la red ferroviaria, el cuerpo humano, la estructura social) hasta pensarlo como un personaje concreto (el presidente del gobierno, Dios, el técnico de patrimonio, Daniel Muriel el actor de las matrimoniadas). No existiría una unidad tipo irreductible, el actante es escurridizo, su definición es siempre contingente². En definitiva, se trata de reconocer el *heteromorfismo* de la agencia.

La agencia también es múltiple en tanto que se configura relacionamente. Para que alguien o algo (una institución, una persona, un virus) se sitúe como una personificación y actúe como agente social, se tiene que dar una interacción entre factores de diversa naturaleza (biológicos, materiales, tecnológicos, semióticos), al mismo tiempo que se necesita de «la relación contingente y siempre cargada de desigual poder con los otros», es decir, de las otras agencias, que determinen como consecuencia que «su relacionalidad es constitutiva y funcional» (García Selgas, 2007: 140). Que después aparezcan en posiciones-sujeto o personificaciones concretas —envueltas, institucionalizadas, estabilizadas— no deja de ser un efecto, un resultado.

La agencia está distribuida y dislocada (elusión del dualismo acción-estructura)

Lo que también permite esta noción de la agencia es poder ignorar «la alternativa entre actor y sistema» (ibíd.: 306), gestionando el

² Véanse Latour (2001: 147-148, 361) y Haraway (1992: nota 11).

dualismo acción/estructura que arrastra la disciplina desde sus comienzos.

Entendiendo que la acción no nace en la conciencia, el hecho de que el individuo casi nunca puede hacer lo que quiere hacer no se explicaría atribuyéndolo a una fuerza social externa como el *habitus*, la sociedad, el grupo o cualquier otra realidad determinante que se apropiara de la conducta (Latour, 2008: 69-73). La explicación descansaría en la idea de que la acción se encuentra dislocada (ibíd.: 74-75), no reducible a categorías sociales predefinidas como las descritas.

Tampoco habría que entender este planteamiento como una defensa de la ilimitada capacidad de acción del ser, el sujeto libre de los filósofos contra el que la disciplina sociológica se posicionó en sus orígenes para autonomizarse como disciplina con dominio propio (Gomart y Hennion, 1999: 272). La acción, por lo tanto, no es el producto directo del actor, pero tampoco lo sería de la estructura en la que, en términos convencionales, se insertaría. De ahí el uso de conceptos como el de *actor-red*, que viene a circunvalar este maniqueísmo:

Un actor-red es, simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha (Callon, 1998: 156).

Latour relata el origen de su planteamiento como necesidad de dar cuenta de dos insatisfacciones que persiguen a todos los sociólogos:

- Primero, enfrentados a lo que se suele llamar el *nivel micro* (la interacción cara a cara, lo local), los científicos sociales se percatan que muchas de las cosas que necesitan para dar sentido a la situación vienen de muy lejos. Esto les fuerza a buscar en otro nivel (la sociedad, las normas, los valores, la cultura, el contexto, la estructura), concentrándose «en lo que

no es directamente visible en la situación pero que ha hecho posible la situación tal como es» (Latour, 1999: 17).

- Segundo, una vez que es alcanzado ese nivel superior, el *nivel macro*, los científicos sociales sienten que les falta algo, ya que abstracciones como las de cultura, sociedad, valores o estructura parecen demasiado grandes, por lo que vuelven a buscar las situaciones locales, las de carne y hueso, de las que habían partido previamente.

Lo que nos permite entonces un enfoque sociológico centrado en las mediaciones es poder atender a estas insatisfacciones sin intentar superarlas o resolverlas. Lo social no estaría hecho «en absoluto ni de agencia, ni de estructura, sino más bien de ser una entidad *circulante*» (ibíd.).

Una sociología de las mediaciones permite condensar el doble recorrido que evita insistir en aquellas insatisfacciones: primero, *localizando lo global*, mostrando los muchos lugares concretos en los que lo estructural se ensambla; segundo, *redistribuyendo lo local*, haciendo ver la existencia distribuida de la acción, por la que toda agencia es el resultado a distancia (en el tiempo y en el espacio) de otras agencias. En ambos casos, no existen ni la estructura ni la acción como lugares específicos o sustancias, solo movimientos, conexiones, asociaciones y mediaciones que, ocasionalmente, pueden dar lugar a entidades concretas y contingentes.

LA MEDIACIÓN COMO OBJETO OBSERVABLE DE LA SOCIOLOGÍA

La idea de mediación funciona como una guía que focaliza nuestra atención en los desplazamientos, trayectorias y transformaciones que están dando forma a lo social constantemente. Es un concepto clave en el diseño y ejecución de mapas sociológicos que dibujan trayectorias y circulaciones más

allá de los más tradicionales (necesarios, no obstante) espacios y objetos. En definitiva, si lo social se definía como la articulación de elementos heterogéneos, resultado de las distintas agencias que lo componen, entonces las mediaciones son las que configuran el universo de lo observable, lo que deja rastros, puede seguirse, estudiarse y desde donde se infiere todo lo demás.

La mediación tiene dos características: por un lado, siempre produce desplazamientos, transformaciones, con resultados imprevisibles; por otro lado, se encuentra distribuida a lo largo del tiempo y del espacio y no descansa en ninguna agencia concreta (aunque eventualmente haya mediadores que las lleven a cabo). ¿Qué hace, por lo tanto, la mediación? Junta entidades que estaban separadas, separa realidades que aparecían como una, mueve cosas de un lado a otro, acelera o ralentiza procesos y ritmos, actualiza o virtualiza realidades concretas. En definitiva, (des)conecta y (des)vincula de muy diversos modos situaciones, actores, instituciones, dispositivos, prácticas, sentidos, materias, símbolos, procesos, leyes, disposiciones, intenciones, objetos y un largo etcétera de elementos dispares. Es el proceso (parcialmente) observable por el que lo social se compone y descompone.

Esto torna relevante la insistencia de Latour en no confundir *mediación* con *intermediación*. Se advierte que la raíz de términos como *mediación* o *mediador*, que no es otra que *medio*, no nos lleve al equívoco de que este es simplemente el canal por el que se transporta de forma impoluta cualquier entidad, ya fueren personas, mensajes, objetos o tradiciones. De ahí que nos muestre la diferencia entre los dos términos: el intermediario transporta significados sin transformación, funciona como una caja negra que se presenta como una unidad en la que los datos de entrada ya tienen predefinida una salida; por el contrario, el mediador actúa de múltiples maneras, sus datos de entrada nunca predicen bien sus datos de salida, ya

que traduce, distorsiona, transforma y modifica el significado de eso que transporta (2008: 63). En una línea muy similar, Antoine Hennion, en su estudio sobre la pasión musical a través del que traza una teoría de las mediaciones, marca la diferencia entre el intermediario y la mediación:

El intermediario se encuentra entre dos mundos para relacionarlos: viene después de aquello que vincula, los mundos en cuestión no tienen necesidad de él para existir, obedecen a sus propias leyes. [...] La mediación evoca otra especie de relaciones. Los mundos no están dados con sus leyes. [...] En el extremo de una mediación no aparece un mundo autónomo sino otra mediación. Sus relaciones componen una red cuya unidad no es sumable por nadie, pero que puede producir aglomeraciones tan gigantescas como los mundos del intermediario (Hennion, 1993: 221).

El intermediario se sitúa entre posiciones ya establecidas, de ahí que no transforme, solamente comunique y traslade sin cambio, sin aportación a la configuración relacional. Sin embargo, la mediación, que ya no está específicamente en un *entre dos*, un *inter*, y que además aparece como una acción y no como un actor, es otra cosa: media transformando, produciendo en su actuación las relaciones que ayuda a establecer; no procede de ningún sitio específico —aunque pasa por lugares concretos—, ni emana de nadie ni nada en particular —aunque sí es llevada a cabo por actores determinados—, sino de otras mediaciones.

Law asegura que en el ámbito científico euroamericano se tiende a visualizar la realidad que estudia como un producto al que se llega a través de un medio, el método. Todo ello propone una división entre medios y fines que dificulta acercarse a la realidad en otros términos, como por ejemplo los del *proceso*, que se refiere a las cosas que se están haciendo (que ya se hacían y que se seguirán haciendo cuando se deje de mirar) (2004: 152). Acercarse a las mediaciones, al

continuo ir y venir que conforma lo social, es atender a los procesos, a lo que está en marcha y circula: el concepto de mediación «permite que el curso del mundo vuelva al centro de los análisis» (Gomart y Hennion, 1999: 226). El fluir y el acontecer del universo social vuelven, por lo tanto, al centro de las preocupaciones sociológicas gracias a conceptos como el de mediación.

Lo importante es, por lo tanto, describir las trayectorias, movimientos y transformaciones que se suceden, esto es, las mediaciones que van tejiendo el entramado de lo social, y no tanto —siendo importantes— los productos que han emergido de esas mediaciones. Es por ello que la propuesta de la teoría de las mediaciones planteada por Hennion se acerca a la lanzada aquí:

Para efectuar el repoblamiento del mundo de la música que pretendíamos, en esta obra hemos vuelto a conceder todo su peso a los medios de la relación musical, en detrimento de sus términos: las obras «mismas» y el público (1993: 355).

Se dejan a un lado, por lo tanto, los extremos o realidades producidos, ya sean estos estructuras, actores, sujetos, objetos, lo local, lo global, individuos, sociedades, grupos, públicos u obras entre otras muchas posibilidades: el objetivo es centrarse en los procesos que dan lugar a esas terminaciones. Todo ocurre en el llamado *Reino Medio* (Latour, 1993: 48).

En resumen, se puede afirmar que el concepto de mediación nos ayuda a hacer observable la agencia que hace y deshace lo social. En este sentido, la mediación no deja de ser una categoría analítica que permite explicar cómo se sostiene y se reproduce una determinada realidad social. Si lo social es entendido como un *continuum* de agencias en constante interrelación, las mediaciones son elementos discretos de esa agencia continua. Por lo tanto, si podemos describir la agencia, aunque sea de forma imperfecta,

es a partir de secuencias de mediaciones conectadas y estabilizadas.

APUESTA METODOLÓGICA: LA CARTOGRAFÍA IMPRESIONISTA DE MEDIACIONES SOCIALES

Una vez establecidas las líneas maestras de una sociología de las mediaciones sociales, ¿cómo llevarla a cabo? Es en este apartado que todas esas nociones se hacen operativas en un planteamiento crítico sobre la forma de abordar desde este prisma sociológico la realidad a estudiar: la *cartografía impresionista de mediaciones sociales*, que es definida como *el relato ordenado de un conjunto de mediaciones que dan lugar a una realidad social concreta a partir de la articulación de diversos trazos e impresiones*.

En este apartado se trata de reconciliar dos elementos que al cruzarse generan mucha tensión, cuando no una fuerte contradicción: la cartografía y el impresionismo. Una, minuciosa, detallada, milimétrica y figurativa: es un mapa de la realidad; el otro, de trazo amplio, centrado en la apariencia, en la huella desdibujada, formalista: es un rastro impresionado de la realidad. Entre ambos existen salvoconductos y puntos de fuga que permiten reconciliar uno y otro y que serán aprovechados para presentar esta apuesta metodológica.

Cartografía de mediaciones y trayectorias

El artículo de Latour (1998), «Visualización y cognición: pensando con los ojos y con las manos», puede ser leído de acuerdo a la consideración de la labor del cartógrafo como metáfora del trabajo de representación científica. En el relato, La Pérouse, quien bajo el mandato de Luis XVI viajó por todo el Pacífico para traer de vuelta un mapa actualizado, al preguntar en un lugar llamado Sakhalin (China) si este era una isla o una península, recibió como respuesta un dibujo en

la arena. Un miembro de la tripulación, viendo que la marea subía y podía borrarlo, lo plasmó en un papel con ayuda de un lápiz:

Lo que para los primeros [la población local] es un dibujo sin importancia que puede llevarse la marea, para los segundos [la tripulación] constituye el objeto último de su misión. Lo que debería recoger la imagen es la forma de llevársela de vuelta (ibíd.: 85).

Ese es el esfuerzo que requiere la cartografía —y que también se le debería exigir a la sociología— por el que tiene que ir dibujando de forma lenta y minuciosa cada accidente, cada arista, cada línea quebrada, para así, poco a poco, poder plasmar en un plano —la hoja del texto— aquello que tantos desplazamientos, medidas, informes, observaciones, desventuras y riesgos ha costado ir trasladando, en una constante mediación, desde el territorio cambiante de lo real.

En este sentido, la cartografía —mejor que la representación o la teoría— «nos compromete a una aproximación más descriptiva, empírica y política» (García Selgas, 2007: 12) de la propia realidad. Pero para que esto sea posible es necesario distanciarse parcialmente de la noción tradicional de cartografía que generalmente se presenta como mera representación —que oculta el carácter performativo del mapa sobre el territorio que ordena— de un territorio estable —que choca con la idea de cartografiar espacio-tiempos fluidos (ibíd.: 55-56)—. La relación entre el mapa y el territorio no sería, pues, representacional, sino próximo y performativo (ibíd.: 56).

Lo que se pretende cartografiar, dentro de esta apuesta metodológica, son mediaciones: se van a plasmar, por lo tanto, trayectorias y procesos. En este sentido, De Certeau plantea la distinción entre *lugar* y *espacio*, en el que el primero alude a esa parte estática de lo social, pues es «una configuración instantánea de posiciones» que siempre presupone «una indicación de esta-

bilidad» (2000: 129), mientras que el segundo es un «cruzamiento de movilidades» que, sin sitio propio, se postula precisamente como «*un lugar practicado*» (ibíd.). Estas dos formulaciones no se oponen sino que su planteamiento nos ayuda a «rechazar la separación entre estructura y acción» (García Selgas, 2007: 66), pues De Certeau nos está hablando de dos tipos de determinaciones: el estar ahí de los elementos y las operaciones por las que los distintos elementos conforman espacios que se resumen en el trabajo por el que incesantemente «transforma los lugares en espacios y los espacios en lugares» (2000: 130). Lugar y espacio son en este caso para la cartografía lo que la estructura y la acción son para la sociología. Y de nuevo, el modo de sortear la oposición es la misma: seguir las circulaciones y mediaciones que dan forma a uno y otro.

De Certeau plantea otra división de términos que, en los relatos de la práctica cotidiana, son condición de posibilidad uno del otro: el *mapa* y el *itinerario* (o *recorrido*). El mapa hace alusión al *ver*, al *haber*, al «conocimiento de un orden de los lugares» (De Certeau, 2000: 131) que es un «asentamiento totalizador de las observaciones» (ibíd.: 132), mientras que el itinerario apela al *ir*, al *hacer*, a las «acciones espacializantes» que constituyen una «serie discursiva de operaciones» (ibíd.: 130).

Hace cinco siglos, mapas e itinerarios se encontraban mezclados, sin interrupciones. Los mapas medievales contenían trazos de recorridos (peregrinajes), con la mención de etapas a seguir (ciudades donde detenerse, sitios donde alojarse), y con distancias medidas en tiempos de camino (horas o días que separan una etapa de otra) (ibíd.: 132-133). Quizás es momento de volver a la imbricación premoderna entre mapas e itinerarios, no olvidando que cualquier cartografía —geográfica o sociológica— no es posible sin los movimientos, desplazamientos y acciones que la constituyen.

Es lo que Law y Mol proponen hacer con la cartografía como modo de representación de la realidad, unirlo al itinerario, *la caminata*, yuxtaponiendo así las realidades visitadas como lo solemos hacer tras un viaje contando historias y mostrando fotos:

La foto de un gran paisaje está impresa de manera que tiene el mismo tamaño que la de un plato lleno de comida, y la historia sobre conducir a través del paisaje no es más grande ni más pequeña que la de comerse la comida (2002: 16).

Si se plantea entonces la realización de una cartografía de mediaciones sociales, se está proponiendo una cartografía de trayectorias, recorridos e itinerarios que, trazados y repetidos constantemente, pueden llegar a ayudarnos a determinar cómo emergen determinadas formas, agentes o regularidades sociales. Esta es, pues, su utilidad: permite, por un lado, dibujar las estabildades y formas sociales observables tanto para los actores sociales como para el sociólogo; por otro lado, mantiene su naturaleza contingente y circulante haciendo descripciones al mismo tiempo más fieles y abiertas de la realidad. Mapas e itinerarios a la vez: mapas de itinerarios sociales e itinerarios de mapas sociales. Eso sería una cartografía de mediaciones sociales.

Más allá de su utilidad y aplicabilidad, dos son los problemas fundamentales que conlleva el uso de la cartografía como noción sobre la que plantear una metodología: el primero, que las descripciones que produce son muy detalladas, con escaso espacio para la abstracción y la búsqueda de regularidades; el segundo estriba en la dificultad para captar la fluidez de lo social, sus trayectorias, es decir, la capacidad para combinar al mismo tiempo estabilizaciones y movimientos, mapas e itinerarios. Para avanzar en esta cartografía de mediaciones es necesario incluir un nuevo elemento que ayude a bordear estas dificultades: el impresionismo.

El tratamiento impresionista y formalista en la sociología

El nivel de exigencia cartográfica en el dibujo y el seguimiento de desplazamientos y controversias reducen mucho las capacidades materiales y mentales para producir mapas sociales de cierto tamaño. Teniendo en cuenta que no hay otro modo de hacer sociología que no sea relativamente lento y costoso, sí es posible limar estas pretensiones cartográficas con otros recursos del dibujo que difuminen el detalle sin tener que volver a recurrir a grandes saltos o categorías predefinidas (como la psique, la estructura social o la acción individual) que sustituyan de un plumazo multitud de mediaciones y movimientos. Es aquí donde tiene entrada la adjetivación de la cartografía como impresionista.

Hablar de impresionismo en sociología es hacerlo, fundamentalmente, de Georg Simmel. Esto se relaciona habitualmente con su esfuerzo por postular una ciencia de la sociedad pura o formal (Simmel, 2002: 49). Así es como Lukács lo retrata, como un personaje entre impresionista y *flâneur* sociológico, lo que dio pie a que David Frisby catalogara la teoría social del autor alemán como *impresionismo sociológico* (Marinas, 2000: 186).

Para Simmel la sociedad no solo se reduce a entidades estables y duraderas, formas como el Estado, la familia, las clases, las Iglesias o cualquier tipo de asociación colectiva, sino que tiene en cuenta interacciones aparentemente insignificantes que, intercaladas en esas configuraciones abarcadoras, constituyen en primer lugar lo que entendemos por sociedad (2002: 32):

La sociedad, por así decirlo, no es una sustancia, nada en sí mismo, sino un acontecer, la función del recibir y efectuar del destino y de la configuración de uno respecto a otro (ibid.: 34).

También para Simmel lo social es una articulación heterogénea de elementos distin-

tos que se relacionan entre sí, no una sustancia. La realidad social, pues, no puede ser inferida de sus estructuras e instituciones directamente, sino que descansa en ese ir y venir de hilos que se tejen y entretejen de las más diversas formas en una frenética actividad que da cuenta de la fluidez de la realidad social:

Sin los efectos de incontables interdependencias extendidas en pequeñas síntesis individuales, a las que deberían estar dedicadas casi por completo estas ciencias, [la sociedad] estaría fragmentada en una multiplicidad de sistemas discontinuos [...] Esos hilos son tejidos en cada momento, dejados caer, recogidos de nuevo, sustituidos por otros, y entretejidos con otros. Ahí es donde radica el entretejido de los átomos de la sociedad (Simmel, 2009: 33).

Este punto de partida es compatible con la idea de desarrollar un impresionismo sociológico a partir del formalismo que constituye parte de la doctrina central de Simmel. Para él resulta obvio que del mismo modo que podemos hablar del comportamiento de los griegos y los persas en la batalla de Maratón sin conocer la conducta de todos y cada uno de ellos (Simmel, 2002: 26-27), es posible separar —solo analíticamente— la forma de los contenidos (los casos concretos). Es la sociología pura que «extrae de los fenómenos el elemento de la socialización desprendiéndolo inductiva y psicológicamente de la multiplicidad de sus contenidos» (ibid.: 50).

Es lo que Eviatar Zerubavel, en una formulación contemporánea de esta sociología formal, denomina «análisis de la pauta social» (2007: 132) y que asemeja —siguiendo al propio Simmel— a una geometría social que presupone una mirada genérica que se caracteriza por su indiferencia a la singularidad. Así, dejando aparte las idiosincrasias de aquello que estudian, los analistas de la pauta social buscan «las pautas generales que trascienden sus materializaciones específicas» (ibid.: 133).

Llegados a este punto, se abren aquí vías y puntos de fuga que van del impresionismo hasta la cartografía y viceversa.

Por un lado, un tipo de análisis transcultural como el formalista sirve para identificar las pautas formales, lo que podría traducirse en una colección de impresiones que daría lugar a la elaboración de un planteamiento impresionista. Se postula como una aproximación a la realidad que no tiene en cuenta distinciones como las que existen entre lo micro y lo macro (Zerubavel, 2007: 135-136), comunes en la literatura sociológica, ya que serían patrones sociales que se pueden encontrar tanto en las interacciones más pequeñas como en aquellas que ocurren a gran escala. El trabajo de investigación descansa en la posibilidad de «encontrar en cada uno de los detalles de la vida, la totalidad de su significado» (Simmel, 2004: 53).

Por otro lado, aunque este acercamiento puede ayudar a bordear los problemas del minucioso estudio cartográfico, tan pegado al territorio, encierra otros riesgos: el del ahistoricismo universalista. Y es que si no estamos ante un simple fragmento entonces «lo “singular” abarca lo “típico”» y el «fragmento fugaz es la “esencia”» (Frisby, 1992: 113). Queriéndose alejar de historiadores y de sociólogos que desarrollaron una metodología histórica, y en busca de las regularidades que todo sociólogo intenta captar, Simmel persiguió «la esencia de las formas de la interdependencia social» (ibid.: 135), a pesar de que desde su propia perspectiva se consignara que solo partiendo de casos específicos, temporal y espacialmente localizados se hacía posible ir elaborando las formas o los patrones de análisis sociales. Se corre el riesgo de desechar demasiado rápidamente los condicionantes históricos y locales que, precisamente, dan forma a esos tipos esenciales:

De este modo, los analistas de la pauta social ignoran intencionadamente las características idio-

sincrásicas de las comunidades, sucesos, o situaciones que estudian, buscando así las pautas generales que trasciendan sus ejemplos específicos. [...] Su trabajo [...] trasciende el aquí-y-ahora o el allí-y-entonces de la investigación histórica o etnográfica (Zerubavel, 2007: 133).

Cabe resaltar la virtud de un enfoque formalista para sortear la limitación que encierra la cartografía, presa del detalle minucioso y el caso situado local e históricamente, pero sin llevarlo a sus últimas consecuencias, ya que ello le alejaría de un acercamiento equilibrado entre el impresionismo y la cartografía.

Es por ello que resulta necesario y se torna posible el acople entre el trabajo cartográfico —detallado y situado— y el impresionista —que busca dibujar los rasgos genéricos de las realidades que observa más allá de la situación—. La clave de una cartografía impresionista es ponerle límites, arbitrarios, pero límites igualmente, tanto al universalismo atemporal y formal del impresionismo como al localismo historicista y figurativo de la cartografía.

En definitiva, esto conduce a concluir que el alcance espacial, temporal y cultural de la descripción sociológica llevada a cabo es limitado pero puede trascender el caso del que parte. Los casos estudiados no deberían entenderse como ejemplos de una teoría general dada, ya que si existe una teoría o instancia superior en la que está contenido el caso, entonces este se vuelve irrelevante porque la teoría ya contiene todo el conocimiento posible (el caso no aportaría nada nuevo, sería un ejemplo más). Sí es posible pensar a partir de ellos pedazos importantes de realidad y construir generalizaciones en base a la acumulación de detalles e impresiones que siempre habrá que poner a prueba.

Las descripciones realizadas, más allá de los casos en los que se basan, permiten «sugerir modos de pensar y abordar otras especificidades, pero no porque sean “aplicables de forma general”, sino porque pueden ser transferibles, traducibles» (Law y Mol,

2002: 15). Así se facilita ampliar el alcance de la descripción del caso propuesto generalizándolo mediante su puesta en circulación, sabiendo que no se llegará nunca a ninguna protoforma o forma fundamental, sino que se constituirá como una mediación más.

Y de ahí se deriva que la propia descripción sociológica realizada mediante la cartografía impresionista es una mediación más. Y es que se relaciona con el mundo no como una mera representación o transcripción fiel de lo real, sino como una de sus posibles traducciones. Comparece como un elemento útil que, bajo la categoría de texto sociológico, puede ponerse en circulación en ámbitos académicos, expertos o institucionales, pero también, si se da el caso y se realizan nuevas traducciones, en otros universos sociales (asociaciones, ciudadanos, sujetos que forman parte del estudio).

La cadena de mediaciones no cesa y, por lo tanto, no hay que perder de vista desde una perspectiva metodológica que todo lo que el sociólogo haga antes, durante y después de su investigación tendrá efectos en la realidad estudiada. De este modo, el impresionismo toma distancia del formalismo en su conjunción con la cartografía y adquiere peso propio en la ecuación: no se trata de encontrar las formas elementales de la realidad social, sino de producir una serie de impresiones que sirvan para establecer contrastes que entren en conversación y negociación con las realidades que se pretende describir.

En este sentido, yendo de nuevo más allá del formalismo, existen otros argumentos que pueden ser esgrimidos para el uso de una cartografía impresionista como alternativa metodológica. Law, en su apertura de los métodos de investigación en ciencias sociales, plantea lo siguiente:

Considero que el caleidoscopio de impresiones y texturas que menciono más arriba refleja y refracta un mundo que, en aspectos importantes, no

puede ser totalmente entendido como un conjunto específico de procesos determinados (2004: 6).

La realidad social se presenta así como un caleidoscopio de impresiones —que es a lo que se reduce en última instancia una representación impresionista— y, por lo tanto, tiene más sentido utilizar un método de acercarse a la realidad que no intente constreñirlo en representaciones fijas, estables y con límites muy marcados.

La cartografía impresionista se ajusta mejor a ese mundo y las realidades que produce: aunque se tuviesen al alcance de la mano los medios para lograrlo, nunca se podría hacer un mapeado de cualquier aspecto de la realidad de forma clara y perfectamente delineada, ya que esta es tremendamente compleja y está atravesada por multitud de procesos inestables, efímeros y cambiantes. El impresionismo no es solamente un añadido para mejorar una apuesta metodológica, sino que también es una necesidad impuesta por una ontología fluida y cambiante, lo que nos obliga a «ser conscientes de que cualquier relato que queramos hacer de los principales protagonistas de la ordenación fluida del espacio social tendrá elementos borrosos» (García Selgas, 2007: 91).

No es solo que la cartografía busque ser impresionista (búsqueda de regularidades), sino que la cartografía, si quiere ser, debe ser impresionista (imposición de dibujar zonas necesariamente borrosas). En este sentido, la introducción del impresionismo en la cartografía no deja de ser un modo de darle algún tipo de forma a lo informe o, mejor dicho, a lo que cambia continuamente de forma.

CONCLUSIONES: ALGUNAS (BREVES) REGLAS DE UN MÉTODO SOCIOLÓGICO PARA UNA CARTOGRAFÍA IMPRESIONISTA

La cartografía impresionista es el resultado de una apuesta teórico-metodológica desa-

rollada a lo largo de este artículo. No se trata de fundir dos acercamientos en principio distantes —los de la cartografía y el impresionismo— sino de utilizarlos como herramientas teóricas para construir una guía de viaje *ad hoc* particular, unas reglas del método sociológico propias. Así, el subterfugio se construye *apoyándose en y fugándose de* dos claves de bóveda al mismo tiempo.

Por un lado, la sociología de las mediaciones que, basándose en herramientas como las desarrolladas por la teoría del actor-red, permite construir detalladas cartografías de lo social, con un bagaje conceptual y, sobre todo, con un conjunto de herramientas empíricas para hacerlo. El problema es que conduce a descripciones enormemente situadas y localizadas. Ante esta dificultad, se trata de hacer una cartografía menos detallada, más traducida, haciéndola manejable a una escala sociológicamente aceptable. La fuga en este caso es una tendencia hacia lo móvil, lo comparable, el estándar, la teoría. La cartografía se vuelve impresionista.

Por otro lado, el impresionismo sociológico, que permite fijarse en las formas fundamentales de lo social sin quedar constreñido por las especificidades históricas, espaciales y culturales de los casos concretos, siendo además una herramienta más útil para captar el flujo cambiante de lo real. El principal escollo de este planteamiento es su vinculación con el formalismo transcultural y ahistórico, con pretensiones universalistas y esencialistas, todas ellas características que son limadas con la cartografía. La fuga aquí es una tendencia hacia lo local, lo históricamente situado, el caso. El formalismo latente en el impresionismo se vuelve parcialmente histórico y situado.

Cabe ahora traducir y resumir todo este planteamiento en un conjunto de máximas que constituyen algunas de las muy breves reglas de un método sociológico, el que aquí se ha presentado bajo el rubro de *cartografía impresionista de mediaciones sociales*:

1ª Partir de la idea de realidad social como el resultado de la articulación contingente de elementos heterogéneos.

Si para Durkheim, tal y como se refleja en *Las reglas del método sociológico*, la «primera regla y la más fundamental consiste en considerar los hechos sociales como cosas» (1986: 53), aquí lo social no es ninguna sustancia, sino que se considerará como el producto, siempre contingente y en continua reproducción, de la articulación de distintos ingredientes: actores, asociaciones, procesos, mediaciones, prácticas, etc. La atención se centra en los movimientos, desplazamientos y transformaciones a través de los cuales lo social se hace y se deshace, lo que permite explicar y observar la emergencia de formaciones, estructuras, instituciones, relaciones y agentes sociales.

2ª Tomar como referente de las descripciones sociológicas las mediaciones en las que se ven envueltos los distintos agentes estudiados.

Partiendo de la regla que entiende lo social como la articulación de elementos disímiles, una articulación que se produce en un ir y venir de asociaciones y desplazamientos, cabe postular que la atención de las descripciones sociológicas se focalice en esos movimientos y transformaciones que pueden ser condensados en la noción de *mediación*. Unas mediaciones en las que se ven implicados los diversos agentes y procesos que caen bajo la mirada sociológica, constituyéndose así como las unidades de observación del sociólogo. Este modo de acercamiento a la realidad social permite estudiar tanto sus aspectos y situaciones más regulares y estables (mediaciones alineadas y estabilizadas) como aquellos que por su naturaleza son más fluidos y cambiantes (mediaciones en ebullición y en continua transformación).

3ª Abordar el estudio de la realidad social y sus mediaciones de forma minuciosa y cartográfica.

La cartografía aplicada como

metodología sociológica evita que se encierren los procesos, agentes y mediaciones observados en formas sociales ya estudiadas o instaladas en el conocimiento sociológico, por lo que permite llevar a cabo representaciones más fieles de la realidad que estudia. En algunos casos esas formas sociales podrían describir adecuadamente la realidad observada, pero, en otros muchos, estarán limitando la riqueza de movimientos, desplazamientos y actores que se están investigando. Esto implica que el proceso de investigación social sea minucioso, costoso y relativamente lento, pero que como resultado proporcione unas descripciones sociológicas más *realistas*.

4ª Tener en cuenta la cambiante e impredecible realidad social así como la envergadura de las descripciones sociológicas haciendo uso de un enfoque impresionista.

En la medida en que la realidad social está en continuo cambio, pues no deja de ser el ensamblado de desplazamientos, transformaciones y asociaciones en permanente movimiento, aparece como una impredecible marea o *maëlstrom* (Law, 2004: 7) difícil de describir con los minuciosos métodos cartográficos que, por otra parte, se muestran insuficientes para llevar a cabo descripciones sociológicas de cierta envergadura. Por ello, a la técnica cartográfica se le une un enfoque impresionista, que es un modo de captar esas partes de la realidad fluidas y cambiantes — pues se queda con la impresión borrosa de su movimiento — al mismo tiempo que permite elaborar descripciones que destacan las regularidades y tipologías que trasciendan parcialmente las especificidades de los casos estudiados, facilitando la labor de generalización que tiene como objetivo toda sociología.

BIBLIOGRAFÍA

Callon, Michel (1998). «El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico». En:

- Domènech, Miquel y Tirado, Javier (comps.). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Vol. 1. Artes de hacer*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.
- Durkheim, Émile (1986) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. México D.F.: FCE.
- Frisby, David (1992). *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Cambridge: Polity Press.
- García Selgas, Fernando J. (2003). «Hacia una ontología de la fluidez social». *Política y Sociedad*, 40 (1): 27-55.
- García Selgas, Fernando J. (2007). *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- Gomart, Emilie y Hennion, Antoine (1999). «A Sociology of Attachment: Music, Amateurs, Drug Users». En: Law, John y Hassard, John. *Actor-Network Theory and After*. Oxford: Blackwell.
- Greimas, A. J. (1973). *En torno al sentido. Ensayos semióticos*. Madrid: Fragua.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (2004). «The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others». En: *The Haraway Reader*. New York: Routledge.
- Hennion, Antoine (1993). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno (1993). *We Have Never Been Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, Bruno (1998). «Visualización y cognición: pensando con los ojos y con las manos». *La balsa de la Medusa*, 45/46: 77-128.
- Latour, Bruno (1999). «On recalling ANT». En: Law, John y Hassard, John. *Actor-Network Theory and after*. Oxford: Blackwell.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, Bruno (2007). *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Law, John (2004). *After Method. Mess in Social Science Research*. London: Routledge.
- Law, John y Mol, Annemarie (eds.) (2002). *Complexities. Social Studies of Knowledge Practices*. Durham: Duke University Press.
- Marinas, José Miguel (2000). «Simmel y la cultura del consumo». *REIS*, 89: 183-218.
- Simmel, Georg [1917] (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, Georg [1900] (2004). *The Philosophy of Money*. London: Routledge.
- Simmel, Georg [1908] (2009). *Sociology. Inquiries into the Construction of Social Forms. Vol. 1*. Leiden: Brill.
- Zerubavel, Eviatar (2007). «Generally Speaking: The Logic and Mechanics of Social Pattern Analysis». *Sociological Forum*, 22, 2: 131-145.

RECEPCIÓN: 22/09/2014

REVISIÓN: 27/11/2014

APROBACIÓN: 10/03/2015

Toward a Sociology of Mediations: Impressionist Mapping and Some (Brief) Rules for a Sociological Method

Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico

Daniel Muriel

Key words

- Agency
- Cartography
- Constructivism
- Methodology
- Actor-Agent Theory
- Sociological Theory

Palabras clave

- Agencia
- Cartografía
- Constructivismo
- Metodología
- Teoría del actor-agente
- Teoría sociológica

Abstract

This article presents an alternative way to approach social reality from a sociological perspective. It introduces a *sociology of mediations*, a methodological approach particularly influenced by actor-network theory. Using a notion of social reality as the articulation of heterogeneous elements, this approach is based on a conceptualisation of agency as the production of multiple and distributed transformations, and considers mediation as sociology's unit of observation. The paper suggests a methodological tool: impressionist mapping. Combining the detailed work of mapping and the impressionist tradition of a formalist sociology, it is possible to construct a methodology that allows us to elaborate short or middle range sociological theories as well as to describe historically and locally situated cases.

Resumen

En este texto planteo una forma alternativa de acercarse a la realidad social desde un punto de vista sociológico. Se trata de la exposición de una sociología de las mediaciones sociales, una propuesta que se nutre especialmente de la teoría del actor-red. Partiendo de una noción de la realidad social como articulación de elementos heterogéneos, y conceptualizando la agencia como producción múltiple y distribuida de transformaciones, abogo por considerar la mediación como unidad de observación de la sociología. A partir de ahí, propongo el uso de una herramienta metodológica: la cartografía impresionista. Combinando el trabajo minucioso de un enfoque cartográfico junto con el impresionismo de la sociología formalista, es posible construir una metodología operativa que permite elaborar teorías sociológicas de corto y medio alcance al mismo tiempo que resulta posible describir un caso histórico y localmente situado.

Cómo citar

Muriel, Daniel (2016). "Toward a Sociology of Mediations: Impressionist Mapping and Some (Brief) Rules for a Sociological Method". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 153: 111-126.
(<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.153.111>)

Daniel Muriel: University of Salford | d.muriel@salford.ac.uk
Universidad del País Vasco | daniel.muriel@ehu.eus

INTRODUCTION

It has been more than a century since Emile Durkheim, considered one of the founders of sociology, wrote *The Rules of Sociological Method* (1986 [1895]). At that time sociology was just taking form as a science, emerging as an autonomous body of knowledge and instrument for studying the reality it was helping to consolidate and that since then is categorized as the *social*. Sociology needed body and organization, both in terms of its methodological-technical apparatus and in its conception of its object of study. To accomplish this, it emulated the model of the physical and natural sciences, which we refer to, even today, as the hard sciences, based on a powerful presumption regarding the reality they study: which is seen as the reality of facts, of things, of the physical, of the natural. Thus, for Durkheim, the initial and most fundamental of his rules was that “social facts must be treated as things” (ibid: 53).

Clearly much has happened in the field of sociology since then, with a constant flow of assumptions regarding the nature of social reality and how to address it. This is so much the case that even today debate continues over existing methods and approaches and possible alternatives. This article presents an approach based on contemporary theoretical currents that are now a part of this long debate, introducing what I call a sociology of social mediations, which in turn leads to the construction of a methodological tool I refer to as *impressionist mapping*. This approach emerges primarily from recent social studies on science and technology (in particular, actor-network theory and from one of its main proponents, Latour), but it also draws on the *impressionist sociology* of Georg Simmel.

The basis for a sociology of mediations rests upon a specific approach to understanding social reality, in other words, we must begin with an ontology of the social. In this case I use the concept of *ontology* in a very practical and specific sense, distant from the

philosophical debates in which it first arose and which could be discussed at great length. Instead, I give it the same meaning as Fernando García Selgas when he proposes his *ontology of social fluidity*:

[What] enables us to speak of ontology is not the pretension to represent the being of things, but rather the recognition that all scientific theory contains and assumes a determined model of that which it addresses and the purpose of reflecting on the most suitable current model in social theories (2003: 29).

This is a model that attempts to break with the idea of a substantive social reality and omnipotent explanatory source. Instead, the social is seen as a sea of more or less institutionalized heterogeneous associations.

Hence, the need arises to analyse *the agencies* that can be identified in this sea of associations that constitute social reality and that determine its fragile substance. To do this, a sociology of mediations requires a notion of agency that overcomes the *action/structure* dichotomy still so present in sociological debates. The social is seen as a *continuum* of agencies in constant interrelation that as much make possible/construct/create as they do condition/destroy/shape.

However, while we understand agency as constant motion and process, as something boundless, elusive, and imponderable in itself, it is necessary to have a notion that allows us to at least partially grasp it. It is here where the fundamental notion of mediation comes into play. Mediations appear as units of observation for the exercise of sociological analysis or, at least, they permit us to channel what is observable in the research process. They are movements that enable us to follow social realities in action, taking shape and vanishing. In this case, the social is seen as the result of an incessant, and tending toward the infinite, series of transformations and shifts carried out by different agen-

cies, of which mediations are their visible traces.

The three questions that define a sociology of mediations (what is the social, how to understand social agency and what are the units of observation for sociology) are materialized in a specific methodological approach: the impressionist mapping of social mediations. In this process, the figurative details of mapping are combined with the formalist abstraction of impressionism.

In conclusion, and modestly emulating Durkheim, I propose four brief rules, (or rather, patterns) regarding sociological method, aimed at guiding the sociologist who would like to venture down the path indicated in this article.

ON SOCIAL REALITY: A SEA OF HETEROGENEOUS ASSOCIATIONS IN A PROCESS OF INSTITUTIONALIZATION

What is social reality? Or to be more specific: What are sociologists referring to when they talk about the social and social reality? Answering these questions involves moving beyond considerations of a theoretical or methodological order, as they not only point toward a specific form of doing sociology but to the reality that is being studied. They imply an ontology of the social in the sense discussed in the introduction, that is, the model of social reality assumed by every theoretical starting point.

In his book, *Reassembling the Social*, Bruno Latour (2008) proposes the use of a sociology of associations in contrast to the traditional sociology of the social. He starts from the premise that the social is not a substance and that, therefore, it is not possible that it takes form as a material from which things, events, relationships, factors, practices, structures and, in general, any element of reality can be made. In short, the social is not a property or state of the real, but is instead the process through which the real is constituted.

It is a question of shifting from the social as material, substance or fact, to the social as assembled, the articulation or the enveloping of dissimilar elements. Donna Haraway presents a similar argument in discussing the use of the term *articulation* as a way of approaching the processes constructing reality:

Articulation is not a simple matter. The articulata are cobbled together. It is the condition of being articulate....An articulated world has an undecidable number of modes and sites where connections can be made. The surfaces of this kind of world are not frictionless curved planes. Unlike things can be joined —and like things can be broken apart— and vice versa.....To articulate is to signify. It is to put things together, scary things, risky things, contingent things (2004: 105).

Articulation takes the duality of the social into account: as something solid, a substance, and as something fluid, a movement among non-social elements (Latour, 2007: 160). This means that although processes of articulation produce regularities and stabilities (in short, they integrate – cohesive order – and distinguish – social stratification), these assemblies are not absolute, are relatively precarious and join together elements that are often far from structured and cohesive: articulation is the union of disparate things in continuous reformulation.

In this way, the world is presented as “an unformed but generative flux of forces and relations that work to produce particular realities” (Law, 2004: 7). This evokes images of a *maelstrom* or of churning waters full of currents, flows, vortexes and unpredictable changes, as well as moments of peace and calm. The real is not only something that obstinately resists like an inert rock, it is also tricky, something that moves and that must be negotiated with. This explains the existence of figures such as the Coyote, that “protean trickster” (Haraway, 1995: 359) or the semiotic-material actor that forms part of the same programmatic imaginary of a lived reality, in

constant movement and that will not wait passively to be mapped (Haraway, 2004: 67-68).

We are therefore before a *model of social fluidity*, as the social is described as the result of a relatedness that does not exist between elements prior to or independent of that relationship, but among ingredients that are constituted by this very relatedness (García Selgas, 2003: XV-XVI).

In what follows I present the main lines derived from this assumption about the social, postulated as principles:

First principle: the social is the result of the contingent and relatively stable articulation of heterogeneous elements. Social reality is neither the product nor producer of extra-social elements; it is in the process of their assembly or association that it eventually acquires varying degrees of institutionalization (it becomes more stable, foreseeable, solid, emerging as reality *per se*), but always contingent (the institutionalization can be undone or move in other directions). As a result, Latour proposes understanding social reality, not as a substance or property — that *sui generis* reality that Durkheim spoke of — but as “a type of connection between things that are not themselves social” (Latour, 2007: 5).

The different elements in association that give rise to social reality, whatever they are, are not pre-existing ingredients that combine in very diverse manners to form that social reality; rather they themselves emerge through the relatedness that associates them. This is a relational sociality, not in a structuralist sense (that starts from the existence of previous or primary elements), but in that everything, “including networks, the regularities and components that are in relation, is processual, partial and precarious, because it is all an effect of this relatedness” (García Selgas, 2007: 5)¹.

¹ However, the concepts of institution, enveloping or assemblage help us to understand how specific sets of associations, agencies and mediations become forma-

Second principle: the social does not explain anything; it is what must be explained. If social reality is not a substance *per se*, it makes no sense to use it as an explanatory resource. Based on this logic, certain sociological approaches have on occasion confused what must be explained with the explanation; that is, they begin with society when they should end with it (Latour, 2008: 23). It is a question of employing a sociology that explains how groups and societies are held together, and not one that assumes this. For a sociological approach that considers the social as the effect of articulations among heterogeneous elements: “giving an explanation should not be confused with substituting a phenomenon for a social one” (ibid: 149).

Third principle: the social is assembled and is maintained through mediations that must be constantly enacted, updated and reproduced. Social reality can only be explained if we address the way in which the social becomes or remains sufficiently assembled and institutionalized to acquire a specific form that is continuously being updated: through mediations.

John Law defines mediation as “the process of enacting relations between entities that are, as a part of that process, given form” (2004: 161) These are entities and relations that did not pre-exist, but that are constituted in the moment the process is carried out:

Mediation is a turn towards what emerges, what is shaped and composed, what cannot be reduced to an interaction of causal objects and intentional persons (Gomart and Hennion, 1999: 226)

lized so that they appear to us as substances, actors or defined facts. They permits us to speak of how they join and weave things that lead, although temporarily and in continuing reproduction, to social existences with their own identity. In this sense, see envelope in Latour (2001: 364) and García Selgas (2007: 165), as well as institution in Latour (2001: 366) and assemblage (Latour, 2008: 99).

What this principle postulates is that attention in sociology should be directed at the mediations that make the existence of the social possible. These are the mechanisms that sustain and reproduce social existences in an active manner; that is, the social “vanishes when it is no longer performed” (Latour, 2008: 37).

Fourth principle: all (re)production of the social leaves traces. These are the sparks that they emit and the remains that mediations leave and that appear in the form of discourses, memories, notes, inscriptions, laws, texts, organigrams, pamphlets, etc., things that can be mapped. It is a principle of the social that permits its traceability, its monitoring; in short, enabling the possibility of developing a sociology of mediations. Without remains, without traces, without marks or footprints, it would be impossible to do so. The absence of these traces would be a sign that there is not or was not any type of mediation, so that if we follow the other principles, there would not have been any social existence to explain or track. The social is “visible only by the traces it leaves” (ibid: 8).

ON AGENCY: THE MULTIPLE PRODUCTION AND DISTRIBUTION OF DIFFERENCES

I use a definition of agency that allows me to clarify its main characteristics and that is compatible with the model of the social discussed: *agency is the multiple, distributed and dislocated production of differences and transformations that can take a multitude of forms: a determined agent, actor or figure.*

Agency is what produces differences and transformations

The first characteristic of agency is that it exists because it in some way transforms reality. Agency, therefore, does not have to do with the intention, desire or will of an actor—and his/her greater or lesser rationality—

but with the transformations that occur, which are effectively observable and traceable differences:

Without accounts, without trials, without differences, without transformation in some state of affairs, there is no meaningful argument to be made about a given agency, no detectable frame of reference. An invisible agency that makes no difference, produces no transformation, leaves no trace, and enters no account is not an agency (Latour, 2007: 82).

Thus, the core of all agency is that it produces some type of change or it does not exist. The agency of a specific actor can then only be defined “through its action” (Latour, 2001: 147). In this sense, for a sociology of mediations, “any thing that does modify a state of affairs by making a difference is an actor” (Latour, 2007: 71).

This is an empiricist conception of agency, which does not deny the particularities that human agency can have over agency of another type, but that can only take into consideration those actions—including discourses that produce transformation through being stated—that are accessible to experience.

Agency is multiple and does not reside in a prototypical actor

Although agency is the generic action that causes changes in the world, it always has a *figuration* (Latour, 2008: 83); it is always embodied in some form, figure or person. It can be embodied in very different formulas and does not necessarily entail any standard actor or what would be considered social in the sense that this might traditionally have in sociology (ibid: 85-86), such as could be *the market, the individual, the working class, the experts or the society*. To this, we could also add *the town merchants, Joe the labourer, the expert network and the human and non-human collective*. In describing and noting

these forms that we find, without the need to filter or categorize them a priori (ibid: 86), we begin to see the multiplicity of agency.

One of the initial consequences of this approach is that it distances agency and its figurations from the exclusively human sphere. Thus, the use of the concept of the *actant*, extracted from the semiotics of Greimas (1973) is not strange. It is used to “emphasize the open character of agency, which can be occupied by the most heterogeneous mix of humans and non-humans” (García Selgas, 2007: 144). The use of the word *actant* concentrates on its function, which permits us to define agency in relation to what it does. In addition, it does not consider natures, desires, or make distinctions between humans and non-humans, resulting in tremendous freedom to define the actant: from understanding it as an extremely complex and abstract entity (institutions, the gay and lesbian community, the railroad network, the human body, the social structure) to thinking of it as a concrete person (the president of the government, God, Daniel Muriel — the author of this text). There is no irreducible unit; the actant is elusive, and its definition is always contingent². In short, it is a question of recognizing the *heteromorphism* of agency.

Agency is also multiple in that it is configured relationally. For someone or something (an institution, a person, a virus) to be situated as a personification and act as a social agent, there must be an interaction among factors of diverse nature (biological, material, technological, semiotic); at the same time, other agencies that constitute “the contingent and always unequal relationship with others”, must also be considered. Thus, as a consequence, “their relatedness is constitutive and functional” (García Selgas, 2007: 140). That agencies appear in subject-positions or as concrete personifications — enve-

loped, institutionalized, stabilized— is an effect, a result.

Agency is distributed and dislocated (avoiding the action-structure dualism)

What also permits this notion of agency is that it avoids “the alternative between actor and system” (ibid: 306), managing the action-structure dualism that has limited the discipline since its beginnings.

Understanding that action is not born within an individual’s consciousness, the fact that the individual can almost never do what he or she wants to do is not explained by attributing this to an external social force, such as the *habitus*, society, the group or any other specific aspect of reality that appropriates conduct (Latour, 2008: 69-73). The explanation lies in the idea that action is dislocated (ibid: 74-75), not reducible to any predefined social categories such as those mentioned.

This approach should also not be understood as a defence of the unlimited capacity for action of the self, the free subject of philosophers that contrasts with the self that sociology developed in its origins as a means to establishing an autonomous discipline with its own sphere of knowledge (Gomart and Hennion, 1999: 227). Action, therefore, is not the direct product of the actor, but nor is it the product of the structure in which, in conventional terms, it is inserted. Hence, the use of concepts such as actor-network, which avoids this manichaeism:

An actor-network is simultaneously an actor whose activity is networking heterogeneous elements and a network that is able to redefine and transform what it is made of (Callon, 1987).

Latour explains the origin of his approach as the necessity to address two *dissatisfactions* that pursue all sociologists:

- First, confronted with what is often referred to as the *micro level* (face to face

² See Latour (2001: 147, 148, 361) and Haraway (1992: footnote 11).

interaction, the local), social scientists realize that many of the things that they need to give meaning to a situation actually come from far away in time and space. This forces them to look on another level (society, norms, values, culture, context, structure), “to concentrate on what is not directly visible in the situation but has made the situation what it is” (Latour, 1999: 17).

- Secondly, once this higher, *macro* level is reached, social scientists notice that they are missing something, as abstractions such as culture, society, values and structure seem too large, so they return to looking at local situations, those of flesh and blood that they had previously left.

What then permits a sociological approach centred on mediations is that we can address these dissatisfactions without attempting to overcome or resolve them. The social is not made “of agency and structure at all, but [is] rather...a *circulating* entity” (ibid).

A sociology of mediations allows a condensation of the dual path that avoids insisting on these dissatisfactions: first, *localizing the global*, revealing the many concrete places where the structural is assembled; secondly, *redistributing the local*, exposing the distributed existence of action, why all agency is the result of other distant (in time and space) agencies. In both cases, neither structure or action exist as specific places or substances, but only as movements, connections, associations and mediations that may occasionally lead to the existence of concrete and contingent entities.

MEDIATION AS AN OBSERVABLE OBJECT OF SOCIOLOGY

The idea of mediation functions as a guide that focuses our attention on the displacements, trajectories and transformations that are constantly giving form to the social. It is

a key concept in the design and execution of sociological maps that sketch out trajectories and circulations beyond the more traditional (although necessary) spaces and objects. In short, if the social is defined as the articulation of heterogeneous elements, the result of the different agencies that compose it, then mediations are what configures the observable universe, that which leaves traces that can be followed and studied, and from which we infer everything else.

Mediation has two characteristics: on the one hand, it always produces displacements, transformation, with unforeseen results; on the other hand, it is found distributed over time and space and does not reside in any concrete agency (although there are perhaps mediators that carry it out). What does mediation do? It joins together entities that were separate, it separates realities that appeared unified, it moves things from one side to another, it speeds up or slows down processes and rhythms, it updates or makes concrete realities virtual. In short, it (dis)connects and (de)links in very diverse ways situations, actors, institutions, mechanisms, practices, meanings, material, symbols, processes, laws, dispositions, intentions, objects and a long etcetera of disparate elements. It is the (partially) observable process through which the social is composed and decomposed.

This makes clear why Latour insists on not confusing *mediation* with *intermediation*. He warns that the roots of terms such as *mediation* and *mediator*, which is media, should not lead us to incorrectly view them as simply channels through which an entity is transported in a pristine form, whether persons, messages, objects or traditions. Hence, he shows us the difference between these two terms: the intermediary transports meanings without transformation; it functions as a black box that takes the form of a unit in which the data that is input predefines the output. In contrast, a mediator acts in multiple manners; its input data never clearly predicts output, as it translates, distorts, transforms and modifies the

meaning of that which it transports (2008: 63). In a very similar way, Antoine Hennion, in his study on musical passion in which he sketches out a theory of mediations, defines the difference between intermediary and mediation:

The intermediary lies between two worlds, in order to facilitate their relation: it comes after what it links, the worlds in question do not need it in order to exist, they obey their own laws....Mediation evokes a different order of relations. The worlds and their laws are not given in advance....Beyond a mediation there appears not an autonomous world but another mediation. Their relations compose a network whose unity is not wholly embraceable by anyone, yet this network can produce conglomerates as vast as the intermediary's whole world (Hennion, 2015: 6).

The intermediary is located between already established positions; hence, it does not transform, but only communicates and moves things without change, without contributing to the relational configuration.

However, mediation, which is not specifically something *between two things* (having nothing to do with the prefix *inter*), and which also appears as an action and not as an actor, is something else: it mediates by transforming, producing in its action the relations that it helps to establish. It does not come from any specific place (although it passes through concrete places), nor does it emanate from anyone or anything in particular (although it is carried out by determined actors), but rather from other mediations.

Law argues that in the Euro-American scientific sphere, the tendency is to visualize the reality being studied as a product one arrives at through a means, which is the method. All methods propose a division between means and ends, which makes it difficult to approach reality on other terms, such as, for example, as a *process*, which refers to things that are being done (which have already been done and that will continue being

done when no longer being examined) (2004: 152). To approach mediations, the continual coming and going that forms the social, is to address processes, that which is ongoing and circulates: the concept of mediation "allows the course of the world to return to the centre of analysis" (Gomart and Hennion, 1999: 226). The flow and events of the social universe return, therefore, to the centre of sociological concerns thanks to concepts such as mediation.

What is important is, therefore, to describe the trajectories, movements and transformations that take place, that is, the mediations that weave together the social fabric, and not so much the products that emerge from mediation. For this reason the theory of mediations put forward by Hennion is similar to that proposed here:

In order to restore the mediators of the world of music, I have emphasized the means of the musical relationship over its terms —i.e. the works themselves and the audience.

The extremes or realities produced, whether structures, actors, subjects, objects, the local, the global, individuals, societies, groups, audiences or works, etc., are left aside: the objective is to focus on the processes that lead to these ends. It all takes place in the so-called *Middle Kingdom* (Latour, 1993: 48).

In short, it can be argued that the concept of mediation helps make the agency that makes and unmakes the social observable. In this sense, mediation is an analytical category that permits us to explain how a particular social reality is sustained and reproduced. If the social is understood as a *continuum* of agencies in constant inter-relationship, mediations are discrete elements of this continual agency. Therefore, if we can describe agency, although in an imperfect manner, it is through sequences of connected and stabilized mediations.

METHODOLOGICAL APPROACH: THE IMPRESSIONIST MAPPING OF SOCIAL MEDIATIONS

Once the outlines of a sociology of social mediations has been established, how is it to be carried out? In this section all these notions are made operational in a critical approach that addresses the reality being studied from this sociological prism: *the impressionist mapping of social mediations*, which is defined as *the ordered accounting of a set of mediations that lead to a concrete social reality based on the articulation of diverse traces and impressions*.

In this section we attempt to reconcile two elements that in their intersection generate a lot of tension, if not a strong contradiction: mapping and impressionism. One is meticulous, detailed, precise and figurative: a map of reality; the other is composed of broad strokes, centred on appearance, blurred prints, formalist: leaving traces of reality. There are places of safe conduct and leakage between them that permit us to reconcile one with the other, which we take advantage of in presenting this methodological approach.

Mapping mediations and trajectories

Latour's article entitled "Visualization and Cognition: Drawing Things Together" (1998), can be read in accordance with the consideration of the labour of mapping as a metaphor for the work of scientific representation. In it, he recounts the story of La Pérouse, who under the mandate of Louis XVI travelled through the Pacific to bring back a better map. In asking if a place called Sakhalin (China) was an island or a peninsula, he received an answer in the form of a drawing in the sand. A local, seeing that the tide was rising and would erase the drawing, sketched it again on a piece of paper with a pencil:

What is, for the former [the local population], a drawing of no importance that the tide may erase,

is for the latter the single object of his mission. What should be brought into the picture is how the picture is brought back (ibid: 85).

This is the effort that mapping requires —and that must also be demanded of sociology— slowly and thoroughly sketching out every accident, every angle, every broken line, thus, gradually, capturing on a single plane —the page of a text— that which has been produced by so many displacements, measures, reports, observations, misadventures and risks in a constant mediation within the changing territory of the real.

In this sense, mapping —more than representation or theory— "commits us to a more descriptive, empirical and political approach" (García Selgas, 2007: 12) of reality. But for this to be possible, it is necessary to partially distance ourselves from the traditional notion of mapping, generally presented as mere representation —which hides the performative character of the map over the territory which it orders— of a stable territory— which conflicts with the idea of mapping fluid space-times (ibid: 55-56). The relation between the map and the territory is not then, representational, but proximate and performative (ibid: 56).

What is intended to be mapped, within this methodological approach, are mediations: they will capture, therefore, trajectories and processes. In this sense, De Certeau suggested a distinction between *place* and *space*, in which the former alludes to a static part of the social, "an instantaneous configuration of positions" that always presuppose "an indication of stability" (1984: 117), while the latter is an "ensemble of movements" that, without their own place, are postulated specifically as "a practiced place" (ibid). These two formulations are not opposed; instead, this approach helps us to "reject the separation between structure and action" (García Selgas, 2007: 66), as De Certeau is talking about two types of determinations: the "being there" of the elements and operations through which the different elements

form spaces that are summarized in “the labor that constantly transforms places into spaces or spaces into places” (1984: 118). Place and space represent for mapping what structure and action represent for sociology. Again, the way of circumventing opposition is the same: follow the circulations and mediations that give form to both.

De Certeau suggested another division of terms that, in the accounts of everyday practice, condition the possibility of each other: the *map* and the *tour* (itinerary). The map alludes to *seeing*, to *having*, to “the knowledge of an order of places” (De Certeau, 1984: 119) that is a “plane projection totalizing observations” (ibid: 119), while the tour appeals to *going*, to *acting*, to “spatializing actions” that constitute a “discursive series of operations” (ibid: 119).

Five centuries ago, maps and itineraries were indistinguishable from each other. Medieval maps contained routes (pilgrimages), identifying stages to follow (cities to stop in, places to stay), and with distances measured by walking time (hours or days that separated one stage from another) (ibid: 120). Perhaps now is the time to return to the overlap between maps and itineraries, without forgetting that any mapping —geographic or sociological— is not possible without the movements, displacements and actions that constitute it.

This is what Law and Mol propose to do with mapping as a way of representing reality, uniting it with the itinerary, with travel, juxtaposing the realities visited as we tend to do after a trip, recounting stories and showing photos:

The picture of a large landscape is printed so that it has the same size as that of a plate filled with food, and the story about driving through the landscape is no bigger or smaller than the story about eating the meal (2002: 16).

A mapping of social mediations is a mapping of trajectories, routes and itineraries,

which, constantly drawn and repeated, can help us determine how specific forms, agents and social regularities emerge. This then is its utility: it permits, on the one hand, the sketching of observable stabilities and social forms both for actors and for the sociologist, and on the other hand, it maintains their contingent and circulating nature, while at the same time making more accurate and open descriptions of reality. Maps and itineraries at the same time: maps of social itineraries and itineraries of social maps. This would be a mapping of social mediations.

Beyond its utility and applicability, there are two fundamental problems with the use of mapping as a notion on which to develop a methodology: first, the descriptions that it produces are very detailed, leaving little room for abstraction and the search for regularities; secondly, it is difficult to capture the fluidity of the social, its trajectories, the capacity to combine stabilities and movements, maps and itineraries. To make progress in the mapping of mediations we must include a new element that helps us address these difficulties: impressionism.

An impressionist and formalist approach in sociology

The level of mapping necessary to draw and monitor the displacements and controversies that are elements of the social reduces the material and mental capacities to produce social maps of a certain size. Taking into account that there is no other way of doing sociology that is not relatively slow and costly, it is possible to refine our mapping ambitions with other drawing resources that soften the detail without having to again turn to major leaps or predefined categories (such as the psyche, social structure or individual action) that would replace with a stroke a multitude of mediations and movements. It is here where the adjective impressionistic can be added to mapping.

To speak of impressionism in sociology is to speak of Georg Simmel; as it is commonly

related to his efforts to posit a pure or formal science of society (Simmel, 2002: 49). That is how Lukacs portrays him, as a figure between an impressionist and a sociological *flâneur*, which led to David Frisby categorizing Simmel's social theory as *sociological impressionism* (Marinas, 2000: 186).

For Simmel, society cannot be reduced to only its stable and lasting entities, forms such as the state, the family, classes, the church or any other type of collective association; it also includes apparently insignificant interactions that, embedded in these overarching configurations, constitute what we understand by society (2002: 32):

society certainly is not a 'substance', nothing concrete, but an event: it is the function of receiving and effecting the fate and development of one individual by the other. (2002: 32)

The social is also, for Simmel, a heterogeneous articulation of different elements in relationship to each other, not a substance. Social reality cannot be inferred directly from its structures and institutions, instead it lies in this coming and going of threads that are woven and interwoven in the most diverse forms in a frenetic activity that accounts for the fluidity of social reality:

Without the interspersed effects of countless minor syntheses, society would break up into a multitude of discontinuous systems. Sociation continuously emerges and ceases and emerges again....Here are the interaction among the atoms of society. (Simmel, 2009: 33).

This starting point is compatible with the idea of developing a sociological impressionism based on the formalism that constitutes part of the central doctrine of Simmel. For him it was obvious that in the same way that we can talk about the behaviour of the Greeks and the Persians in the Battle of Marathon without knowing the behaviour of each and

every individual involved (Simmel, 2002: 26-27), it is possible to separate —only analytically— the form of content (concrete cases). It is pure sociology that “abstracts the mere element of association. It isolates it inductively and psychologically from the heterogeneity of its contents and purposes” (ibid: 50)

This is what Eviatar Zerubavel, in a contemporary formulation of this formal sociology, calls “social pattern analysis” (2007: 132) and which resembles —following Simmel— a social geometry that assumes a generic perspective that is characterized by its indifference to singularity. Thus, leaving aside the idiosyncrasies of that which is being studied, analysts of social patterns look for “general patterns that transcend their specific instantiations” (ibid: 133).

Arriving at this point, they open paths and sites of leakage or cracks that lead from impressionism to mapping and vice versa.

On one hand, this type of transcultural and formalist analysis serves to identify formal patterns, which could be translated into a collection of impressions that would lead to the elaboration of an impressionist approach. It is postulated as an approximation of reality that does not take into account distinctions such as those that exist between the micro and the macro (Zerubavel, 2007: 135-136) common in the sociological literature, as the results would be the identification of social patterns that can be found in both small interactions and on a large scale. The work of research then lies in the possibility of “finding in each of life's details the totality of its meaning” (Simmel, 2004: 53).

On the other hand, although this approach can help avoid the problems of a meticulous mapping study, so closely tied to place, it entails other risks: in particular, that of a universalistic ahistoricism. In other words, if we are not before just a simple fragment then “the unique contains the typical” and “the fleeting fragment is the ‘essence’” (Frisby, 1992: 113). Wanting to distance him-

self from historians and sociologists that were developing a historical methodology, and in searching for the regularities that all sociologists tried to capture, Simmel pursued “the essence of forms of social interaction” (ibid: 135), even though from his perspective only starting from specific cases, temporally and spatially localized, would it be possible to elaborate the forms or patterns of social analysis. The risk was to too quickly discard the historical and local conditions that precisely shape those essential types:

Social pattern analysts are thus purposely oblivious to the idiosyncratic features of the communities, events or situations they study, looking for general patterns that transcend their specific instantiations....Their work....transcend[s] the here-and-now or there-and-then of ethnographic or historical research (Zerubavel, 2007: 133).

There is a virtue to a formalist focus to overcome the limitation that afflicts mapping, prisoner of the need for minute detail and locally and historically situated cases, but without taking it to its ultimate consequences, as this would distance us from the possibility of a balanced articulation between impressionism and mapping.

For this reason, it is necessary and becomes possible to link the work of mapping —detailed and situated— with an impressionist perspective —that looks to sketch out the generic traits of the realities observed that go beyond the specific situation. The key for an impressionist mapping is placing limits, although arbitrary, on both the atemporal and formal universalism of impressionism and the historicist and figurative localism of mapping.

In short, this leads to the conclusion that the spatial, temporal and cultural reach of the sociological description carried out is limited but can transcend the case from which it originates. The cases studied should not be

understood as examples of a given general theory, because if a general theory exists that contains the case, then the case becomes irrelevant because the theory contains all the knowledge possible (the case would contribute nothing new, it would only be an additional example). It is possible to theorize from these important pieces of reality and to construct generalizations based on the accumulation of details and impressions, however, they will always have to be tested.

The descriptions made are useful beyond the cases on which they are based as they “may suggest ways of thinking about and tackling other specificities, not because they are ‘generally applicable’ but because they may be transferable, translatable” (Law and Mol, 2002: 15). Thus, this facilitates broadening the reach of case description by generalizing its use in sociological research, knowing that it will never become a proto-form or a fundamental form, but will be constituted as an additional mediation.

And hence the sociological description itself, carried out through impressionist mapping, is not just a mere faithful representation or transcription of the real, but as one of its possible translations. It appears as a useful element that, in the form of a sociological text, can circulate in academic, expert and institutional spheres, but also, in certain cases and if new translations are made, in other social universes (associations, civil society, subjects that form part of the study).

The chain of mediations does not stop and, therefore, it should not be forgotten from a methodological perspective that all that sociology does before, during and after a study will have effects on the reality studied. In this way, impressionism, in its conjunction with mapping, creates distance from formalism and acquires its own weight in the equation: it is not about finding elemental forms of social reality, but of producing a series of impressions that serve to establish contrasts that enter into conversa-

tion and negotiation with the realities being described.

In this sense, again going beyond formalism, other arguments exist that can be put forth for the use of an impressionist mapping as a methodological alternative. Law, in his discussion of methods of social science research, suggests the following:

I argue that the kaleidoscope of impressions and textures I mention above reflects and refracts a world that in important ways cannot be fully understood as a specific set of determinate processes (2004: 6).

Social reality presents itself as a kaleidoscope of impressions—that is what an impressionist representation reduces it to in the last instance—and, therefore it makes more sense to use a method to approach reality that does not constrain it through fixed, stable representations with very clear limits.

Impressionist mapping fits this world and the realities it produces better; however, even if we had the means to achieve it, we could never make a map of any aspect of reality that is perfectly clear and delineated, as reality is so tremendously complex and criss-crossed by such a multitude of unstable, ephemeral and changing processes. Impressionism is not only an addition made to improve a methodological approach, but it is a necessity imposed by a fluid and changing ontology, which obliges us to “be conscious that any account we make of the main protagonists of the fluid order of social space will have fuzzy elements” (García Selgas, 2007: 91).

It is not just that mapping seeks to be impressionist (the search for regularities), but it must be impressionist (imposing the drawing of areas that are necessarily blurry or fuzzy). In this sense, the introduction of impressionism in mapping is a way of giving some type of form to the formless or, better said, to that which continually changes form.

CONCLUSIONS: SOME (BRIEF) RULES OF A SOCIOLOGICAL METHOD FOR AN IMPRESSIONIST MAPPING

Impressionist mapping is the result of a theoretical-methodological approach developed in this article. It is not about merging two approaches that are in principle distant—mapping and impressionism—but of using them as theoretical tools to construct an *ad hoc* travel guide, certain rules of method. Thus, this subterfuge is built through simultaneous *support from and leakage between* these two cornerstones.

On the one hand, there is a sociology of mediations, based on concepts developed by actor-network theory as well as other empirical tools, which permits us to construct detailed maps of the social. The problem is that it leads to descriptions that are strongly situated and localized. Given this difficulty, it is about making a less detailed map, more abstract, making it manageable on a sociologically acceptable scale. The leakage in this case is in the direction of the mobile, the comparable, the standard, the theory. The mapping becomes impressionistic.

On the other hand, there is a sociological impressionism, which permits us to focus on the fundamental forms of the social without being constrained by the historical, spatial and cultural specificities of concrete cases, while also being a more useful tool for capturing the changing flow of the real. The main pitfall of this approach is its connection with transcultural and ahistoric formalism, with universalist and essentialist pretensions, all of these characteristics are, however, smoothed over with mapping. The leakage here is in the direction of the local, the historically situated, the case. The latent formalism in impressionism becomes partially historical and situated.

In what follows I translate and summarize this approach in a series of maxims that constitute some very brief rules for a sociological method, what has been presented

here as an *impressionist mapping of social mediations*:

1st It starts from the idea of social reality as the result of the contingent articulation of heterogeneous elements. If, for Durkheim, as found in his Rules of Sociological Method, “the first and most basic rule is to consider social facts as things” (1986: 53), here the social is not a substance, but is considered as the product, always contingent and in continual reproduction, of the articulation of distinct ingredients: actors, associations, processes, practices, etc. Attention is focused on movements, displacements and transformations through which the social is made and unmade, which permits us to explain and observe the emergence of formations, structures, institutions, relations and social agents.

2nd It takes the mediations in which the different agents studied are enveloped as the referent for sociological descriptions. Starting from the rule that the social is the articulation of dissimilar elements, an articulation that is produced through the comings and goings of associations and displacements, it is postulated that the attention of sociological description should be focused on those movements and transformations, which can be condensed in the notion of *mediation*. Mediations which involve the diverse agents and processes that fall under the sociological perspective, constituted as sociology’s units of observation. This way of approaching social reality permits the study of both the most regular and stable aspects and situations (aligned and stabilized mediations), and those that by their nature are more fluid and changing (volatile and continually transforming mediations).

3rd It addresses the study of social reality and its mediations in great detail and through a process of mapping. Mapping

applied as a sociological methodology avoids the observed processes, agents and mediations being enclosed in social forms that have already been studied or installed in sociological knowledge, thus, it permits us to carry out more faithful representations of the reality studied. In some cases these social forms may adequately describe the reality observed, but in many other cases they will limit the richness of movements, displacements and actors being studied. This involves a research process that is detailed, costly and relatively slow, but the results of which provide more *realist* sociological descriptions.

4th It takes into account the changing and unpredictable nature of social reality, as well the scope of sociological descriptions making use of an impressionist approach. As social reality is in continual change, an assemblage of displacements, transformations and associations in permanent movement, it appears as an unpredictable tide or *maelstrom* (Law, 2004: 7), difficult to describe with meticulous mapping methods that, moreover, are inadequate for carrying out sociological descriptions on a certain scale. As a result, joining mapping technique with an impressionist approach is a way of capturing these fluid and changing aspects of reality, as the impression of their movements remain while descriptions can be elaborated that reveal regularities and typologies that partially transcend the specificities of the cases studied, facilitating the work of generalizing that is the objective of all sociology.

BIBLIOGRAPHY

- Callon, Michel (1998). “El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico”. In: Domènech, Miquel and Tirado, Javier (comps.). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.

- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Vol. 1. Artes de hacer*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.
- Durkheim, Émile (1986) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. México D.F.: FCE.
- Frisby, David (1992). *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Cambridge: Polity Press.
- García Selgas, Fernando J. (2003). "Hacia una ontología de la fluidez social". *Política y Sociedad*, 40 (1): 27-55.
- García Selgas, Fernando J. (2007). *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- Gomart, Emilie and Hennion, Antoine (1999). "A Sociology of Attachment: Music, Amateurs, Drug Users". In: Law, John and Hassard, John. *Actor-Network Theory and After*. Oxford: Blackwell.
- Greimas, A. J. (1973). *En torno al sentido. Ensayos semióticos*. Madrid: Fragua.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (2004). "The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others". In: *The Haraway Reader*. New York: Routledge.
- Hennion, Antoine (1993). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno (1993). *We Have Never Been Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, Bruno (1998). "Visualización y cognición: pensando con los ojos y con las manos". *La balsa de la Medusa*, 45/46: 77-128.
- Latour, Bruno (1999). "On recalling ANT". In: Law, John and Hassard, John. *Actor-Network Theory and after*. Oxford: Blackwell.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, Bruno (2007). *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Law, John (2004). *After Method. Mess in Social Science Research*. London: Routledge.
- Law, John and Mol, Annemarie (eds.) (2002). *Complexities. Social Studies of Knowledge Practices*. Durham: Duke University Press.
- Marinas, José Miguel (2000). "Simmel y la cultura del consumo". *REIS*, 89: 183-218.
- Simmel, Georg [1917] (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, Georg [1900] (2004). *The Philosophy of Money*. London: Routledge.
- Simmel, Georg [1908] (2009). *Sociology. Inquiries into the Construction of Social Forms. Vol. 1*. Leiden: Brill.
- Zerubavel, Eviatar (2007). "Generally Speaking: The Logic and Mechanics of Social Pattern Analysis". *Sociological Forum*, 22, 2: 131-145.

RECEPTION: September 22, 2014

REVIEW: November 27, 2014

ACCEPTANCE: March 10, 2015

